



LECTURA BIEN HECHA, LECTURA HONESTA

ROGELIO BLANCO MARTÍNEZ*

RESUMEN. La lectura bien hecha, la lectura honesta, no es la que se ejercita en solipsismo, sino aquella que requiere contar con compañía del otro, con la realidad circundante y con uno mismo. Este panorama tridimensional confirma la dimensión más amplia del hombre: su carácter universal.

Esta reflexión se sitúa en el contexto de la sociedad española que reconoce la importancia de la lectura, y que cuenta no sólo con el gran impulso creativo de nuestros escritores, sino también con la fortaleza empresarial del sector editorial de España, la cuarta potencia editorial de mundo tras los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Sin embargo, en nuestro país, el índice de lectura es todavía bajo, y es necesario que se produzcan importantes desarrollos cualitativos: necesitamos más bibliotecas con una mejor dotación de libros y otros soportes culturales.

ABSTRACT: Well done reading, honest reading, is not that one practiced in solipsism, but that one made in company with somebody else, with the reality around and with her/himself. This tridimensional panorama confirms the widest dimension of the human being which is universal.

This thought is placed in the context of Spanish society that assumes the importance of reading, which has the great creative impulse from our authors and from a great business strength, as Spain is the fourth printing world power after USA, UK and Germany. However, the reading index is still low, so it is necessary to continue with important qualitative developments: more libraries, better resources and other cultural supports.

Actualmente, cuando se habla de países considerados desarrollados y caracterizados por su fortaleza económica, como es el caso de España, nadie duda de que se ha logrado una alfabetización casi absolu-

ta. Ciertamente, se puede afirmar que ya sabemos leer. La pregunta es si queremos leer. Se suele concebir la lectura como acto casi-solitario ante, en su formato más frecuente, un paralelepípedo

(*) Dirección General del Libro y de las Bibliotecas. Ministerio de Cultura.

denominado libro en el que el negro de la tinta discurre sobre el blanco del papel dibujando grafías reiteradas previamente manuscritas, también en solitario, por un erudito o un creador que ha decidido transmitir experiencias y conocimientos o que pretende expresar la soledad vital que le envuelve a fin de apaciguarla o mitigarla.

También podemos afirmar que no sólo alcanzamos niveles absolutos de población alfabetizada, sino que disponemos de los recursos necesarios para ejercitarnos en la lectura.

El número de nuevos títulos publicados en España cada año se aproxima a la vertiginosa cifra de ochenta mil. Dichos títulos son producidos por cerca de tres mil entidades o sellos editores, y más de ciento sesenta de entre ellos están implantados en otros países. Los libros a los que nos referimos se ofertan en numerosos formatos, hacen uso de soportes varios (DVD, CD...), y son distribuidos a través de una red de empresas y librerías que cubre el orbe. Y, por otra parte, también son ofrecidos gratuitamente en otra red, no menos tupida, de bibliotecas municipales, autonómicas, estatales, institucionales o privadas. Un servicio cultural, el bibliotecario, que es el único que se ofrece a los usuarios gratuita e indiscriminadamente. Un servicio que no sólo permite acceder a los libros, sino también al cine, la música, Internet, etc. «Ven, escucha, lee, mira...» es uno de los eslóganes que se recitan para dar cuenta de la amplia oferta que se brinda.

Sin abundar prolijamente en una realidad que, cuantitativamente, nos permite concluir que España es la cuarta potencia editorial de mundo –detrás de los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania–, podemos decir que el sector editorial tiene un futuro halagüeño gracias a la afortunada expansión de una de nuestras lenguas

peninsulares, el castellano, en la que se producen «millones de libros». El libro ocupa el décimo puesto como producto exportable, presenta una balanza comercial positiva y, según las últimas previsiones, las cifras de ventas irán *in crescendo*. Por otra parte, se trata de una industria que, directa o indirectamente, da trabajo a más de setenta y cinco mil personas.

Pero, si bien ya se ha sobrepasado, por fin, la cifra «maldita» que dividía al cincuenta por ciento la población en lectora/no-lectora, aún no podemos sentirnos satisfechos. Es necesario proseguir hasta lograr ciertos desarrollos cuantitativos necesarios: necesitamos más bibliotecas y que éstas cuenten con una mejor dotación de libros y otros soportes culturales. En la gran mayoría de las comunidades autónomas, no se ha logrado la *ratio* libro/habitante deseable y que nos equipararía a los países europeos de referencia.

Durante años, tanto desde los ministerios competentes, el de educación y/o cultura, o los dos, como desde las comunidades, los ayuntamientos, las fundaciones, y los medios de comunicación se ha instado a considerar el valor y la relevancia de la lectura. Son numerosas las campañas llevadas a cabo. Estimo que la difusión de eslóganes como «leer da más», «más libros, más libres» y «si tu lees, ell@s leen», dirigidos a unos padres cuya complicidad se pretende lograr, ya ha logrado calar en la sociedad.

Organismos y profesionales (bibliotecarios, autores, profesores, publicistas, etc.) se desgañitan pregonando las, ya por todos asumidas, riquezas y abundancias de la lectura. Y bien parece que este esfuerzo ha logrado su objetivo. Pues bien, ya sabemos leer y también reconocemos la importancia de la lectura. También somos conscientes de los déficits de infraestructuras y de sus abundancias.

«Se edita mucho y se lee poco», es frase reiterada en la que se mezclan un valor cuantitativo (los casi 80.000 títulos/año publicados) y otro cualitativo (el hábito lector). No obstante, debemos reconocer la necesidad de matizar el *dictum*, toda vez que la edición es, también, una actividad empresarial que implica realizar inversiones tanto financieras, como de otro tipo. En consecuencia, el hecho de que esta frase se repita año tras año no debe inducirnos a pensar que los empresarios editores son masoquistas que apuestan al fracaso, sino, más bien, a considerar que la edición es una inversión rentable y una actividad que tiene también una importancia económica. A la hora de hablar de los libros, es conveniente, pues, reflexionar teniendo en cuenta el punto de vista no sólo del lector, sino también el productor.

Tras este intencionado vaivén inicial de reflexiones, pretendo que nos situemos críticamente frente una realidad que cuenta en nuestro país con un abundante recorrido histórico y una aceptación e inserción cultural considerables: «todo está en los libros». Además, hay que considerar la fortaleza creativa de nuestros escritores, el rendimiento y la apuesta empresarial, y la existencia de una distribución más que aceptable, unos profesionales... pero también de unos déficits estructurales que, no obstante, son superables. Una realidad que, económicamente, se estima ya en más del 1% del Producto Interior Bruto según datos del INE de 2003.

Si consideramos tanto los puntos fuertes, como los débiles, podemos obtener una panorámica de la realidad cultural de la lectura en España y de su soporte prioritario, que, de momento, es el libro. Este mapa es una muestra de una cultura viva que se caracteriza por su fortaleza, la pluralidad de su oferta y su cali-

dad. Hace patente, además, un acervo logrado y macerado durante siglos y que no debe perderse, sino fortalecerse en todos los órdenes, teniendo en cuenta tanto las cuestiones culturales y económicas, como las estéticas y éticas.

La fortaleza de este venero exige la participación, el diálogo y el consenso de todos los sectores implicados, públicos y privados. Y esta implicación obliga, de alguna manera, a realizar inicialmente un esfuerzo legislativo. Se requiere una nueva ley de fomento de la lectura y de apoyo al sector del libro. La existente está anticuada y, en parte, puede considerarse derogada, ya que es preconstitucional. Ciertamente, la construcción legislativa, siendo importante, no es suficiente. Máxime si somos conocedores de la fortaleza democrática que adquiere una sociedad lectora, dados los efectos que la lectura ejerce sobre la ciudadanía, ya que incide en estructuras mentales resolutivas y que impulsan a saciar el «hambre» democrática. Pero, para ello, es necesario que los contenidos se transformen en conocimientos, que lo que se adquiere en los citados soportes pase a formar parte «intencionalizada» del sujeto. Una vez que esto sucede, se puede proclamar: «más libros, más libres».

Casi todas las reflexiones anteriormente referidas se fijan en ámbitos próximos, pero también debemos aceptar que vivimos en un mundo acelerado y cambiante. La globalización fuerza, en todos los órdenes, ritmos de vértigo. El mundo se está acelerando. Vivimos en la sociedad de la información, aunque quizá Steiner tenga razón cuando afirma: «Nunca tanta información ha generado menos conocimiento» o nunca la disponibilidad de tantos datos ha aportado tanta escasez de sabiduría. De momento, creo que podemos aceptar que, actualmente, la información se transforma ya en economía, e

influye en lo industrial y en la aparición de nuevos productos, servicios, negocios, empleos, etc. Pero puede y debe exigirse más.

Numerosos expertos apuntan que asistimos al comienzo de una nueva era, a una revolución en la que se diseña un hombre nuevo. Si seguimos la escala evolutiva, quedan como fósiles el *homo saber*, *presapiens*, *loquens sapiens sapiens*, *economicus*... y asistimos al nacimiento del *homo digitalis*. Quizá quepa aquí otra pregunta: ¿está obsoleto el *homo quaerens* y ha caído en el olvido? Si una de las acciones reconocibles y diacrónicas que caracterizan al hombre es la pregunta ante la sorpresa –tal y como se ha expresado desde que surgió la filosofía–, ¿no debemos sostenerla ante tanto cambio? Si se pierde esta capacidad de preguntar, cuáles son los consiguientes efectos. Estas cuestiones hacen referencia a la interiorización de la información, a la transformación de ésta en conocimiento. De lo contrario, si esto no sucede, ¿no perderá el *homo sapiens* sus pasos y se alejará de la senda del *quaerens* para evolucionar hasta convertirse en *homo demens*?

Los ritmos y la velocidad de la información, su estructuración y su dominio, su abundancia y su manera de multiplicarse, su «deslocalización» y los servicios que permite desarrollar están ahí. Buscan usuarios entre el género humano que habita este pequeño planeta. Pero, si los usuarios tienen que moverse en un espacio tan mutante, deben querer y saber leerlo. La lectura es, pues, un valor estratégico indeleble si se apuesta por el desarrollo cognitivo del hombre, un valor que coadyuva múltiples procesos intelectuales y capacidades. Comunicación y expresión, recreación y sensibilización, análisis y sintetizaciones, aplicaciones e interrogaciones la circundan.

Ya olvidamos que nadie duda del valor de la lectura o necesita abundar en la disertación acerca de éste, y que tampoco se cuestionan ni las posibilidades de disponer de soportes que lo apoyen, ni la abundancia de contenidos, pero se itera y se desconfía de la transformación en conocimientos –es decir, de la personalización que obliga a participar, consciente y activamente, en la sociedad que nos ha tocado en suerte.

El acto de leer ha sido representado pictóricamente con profusión. Incluso todos disponemos de la imagen frecuente de un hombre o mujer con un libro abierto en una actitud que exige silencio y que se ambienta en un clima propicio de soledad. Toda una ceremonia formal que exige cortesía. Es el rito intencionado de quien se adentra leyendo en creaciones de otros que han perdurado siglos, pues se manifiestan mediante palabras. Y la palabra es eterna –no en vano, los dioses eran «verbo»–, pero debe recuperarse y pronunciarse. Mas promover la palabra leída significa adentrar el grafismo y hacerla propia, no babeada o ajena.

Guttenberg contribuyó a la difusión y extensión de lo escrito. San Ambrosio fue, según su discípulo Agustín, el primero que leyó en voz baja, sin mover los labios. Los renacentistas se proveían de estantes con libros y lámparas. Una calavera, un cálamo y un tintero, un candil o un reloj de arena amueblaban ambientes selectos de las clases religiosas o burguesas que podían acceder a la lectura. Sin embargo, la pregunta, nuevamente, y sabiendo que las posibilidades y las capacidades lectoras de que disponemos, es cómo leer en el siglo XXI. El lector está inundado de soportes y contenidos, ya no es elite (clérigo, noble, burgués), ni necesita llevar a cabo el ceremonial solitario, tampoco se supedita a la autoridad única de un maestro que transmite contenidos inmutables

y próximos, ya que el globo terráqueo se le avecina, y se hace cada vez más próximo. La inmediatez de los contenidos exige habilidades ajenas al solipsismo romántico.

En los transportes públicos, se usan libros de formato manipulable, flexible y resistente, en los que se escribe al margen o subraya, se doblan las esquinas o se utiliza un marca-páginas para señalar. El ordenador –portátil o fijo– permite conectarse a Internet y adentrarse en lo más recóndito de los archivos y las bibliotecas, y podemos, incluso, liberarnos de la necesidad de memorizar las citas rotundas de nuestros maestros, pues el soporte puede hacerlo y ponerlas a nuestra disposición en cualquier momento y lugar, etc. Luego, leer y movernos, atender un teléfono, escuchar música de fondo, disponer de biblioteca personal básica o acudir a la pública son algunas de las infinitas posibilidades de las que disponemos.

A lo largo de las líneas precedentes, se ha pretendido crear un clima, al modo de un cuadro impresionista en el que predominan las grandes pinceladas de las que es necesario sonsacar el tema central del cuadro. Y, en este acercamiento al final de nuestro artículo, conviene recordar la denominación que Charles Péguy utiliza en *Dialogue de histoire et de l'âme païenne*, citado por George Steiner en *El lector infrecuente*: «*une lecture bien-faite, une lecture bonnête*», o responder a su pregunta sobre dónde encontrar *des lecteurs qui sachent lire*. Añado: en el escenario del tercer milenio, Steiner apunta, en el texto citado, hacia la creación de «escuelas de lectura creativa», simbolizadas por un contexto en el que «una habitación silenciosa y una mesa bastarán», y propone recuperar la métrica y las reglas de escansión, despertar «los músculos de la memoria», describir el placer de los clásicos, huir de «la vulgarización y el ruidoso

vacío intelectual, por un lado, y la retirada de la literatura hacia vitrinas de los museos, por otro», y, ante la abundancia de información y la necesidad de leerla, reitera la importancia de transformarla en conocimiento, toda vez que sabemos leer. También se puede convenir que si, en nuestra sociedad, el aprendizaje de la lectura –negro sobre blanco (tinta más papel)– se logra en edades tempranas, también es durante ese período cuando se adquiere el hábito de la lectura. La familia y la escuela son, por una parte, las entidades impulsoras de un hábito lector que va más allá del «saber leer» y estimula el «querer leer», pero, por otra, el apoyo que dan las bibliotecas, la difusión a través de los medios de comunicación, la oferta editorial, las creaciones de nuestros autores, garantiza el cumplimiento de éstos deseos. No obstante, creo que aún faltan rasgos esenciales para lograr una *lecture bien faite*, una *lecture bonnête*. El diseño de Steiner resulta incompleto. Es tópico y romántico, habitual y frecuente, necesario, pero insuficiente.

Ante «el perfil argumental chillón o versión predigerida y trivializada de los clásicos, por un lado, y la ilegible edición anotada, por otro», el maestro Steiner concluye que, si no se consigue *une lecture bien faite*, a la guisa que describe, «nuestras vidas se verán invadidas por un gran vacío, y nunca más experimentaremos la tranquilidad y la luz del cuadro de Chardin» (*Le Philosophe lisant*).

Tras el texto de Steiner sobre la recepción ya relatado y ofrecido, y con el ánimo de concluir el cuadro impresionista que dibujamos, creo que se puede convenir que la lectura va más allá de los soportes que la acogen y hacen posible su repetición. Pudiera ser Cervantes quien, a través de El Quijote, nos proporcionara el colofón a una lectura bien hecha y honesta.

Don Alonso Quijano, según el autor, leyó todos los libros conocidos. Ejerció de *philophe lisant*. Sabía leer, pero, aún reconociendo y acopiando todos los libros conocidos, y transformándolos en conocimiento hasta la locura, esto no fue suficiente para él. Hubo de salir a la realidad, cabalgar, recorrer caminos, dialogar con un escudero sabio que no sabía leer, pero que, aún siendo noble con él, mantenía un diálogo permanente y vivo. Don Quijote leyó, y leyó atrevidamente, la realidad que le tocó en suerte. Tras esa lectura, optó. Don Quijote interiorizó sus lecturas y, sobre todo, las más importantes, la lectura del rostro del «otro», el prójimo, de «lo otro», las cosas, y del «yo», la propia. Comprendió que la lectura —una vez aprendida gracias a los necesarios grafismos— conviene conducirla y aprehenderla. «La bien hecha y honesta» desarrolla la dimensión de *homo quaerens* que llevamos dentro y que es necesario poner de manifiesto para que el hombre sea *zoon ecoumenicon*. La «ecumene» que nos impulsa a conocer a «el otro», «lo otro» y «el yo», a comprender la necesidad de convivir y compartir con «el otro», mi prójimo (dimensión de *zoon politicon*, necesaria pero insuficiente), y a construir la aún ausente ciudad, que, para ser perfecta, debe ser poliédrica y polifónica.

Necesitamos de las cosas y de la naturaleza, tenemos que entendernos con ellas y no enmarañarnos. Como seres humanos, precisamos, finalmente, interiorizar la lectura para enriquecer «nuestro yo». Esta triple dimensión de lecturas condujo a Alonso de Quijano a optar por los débiles en un intento de afrontar la injusticia a través del diálogo y la generosidad, a través de la comprensión. Y, a la vez, dejó un discípulo, Sancho, que se «quijotiza» y exige a su señor, Don Quijote, seguir cabalgando (leyendo).

Así es la lectura bien hecha, la lectura honesta. Y la honestidad no se ejercita sólo desde solipsismo, sino que requiere contar con la compañía del prójimo, la realidad circundante y uno mismo. Esta tripleta confirma la dimensión más amplia del hombre, la ecuménica, que la lectura, si está bien hecha, debe atender. Qué duda cabe que la ejercida sobre el clásico soporte de papel ayuda y está inevitablemente instrumentalizada, pero si requiere dar el paso del «saber» al «querer» leer, esta intencionalidad (de *intus-ire* = ir hacia) nos obliga a introducirnos por veredas, por sendas intrincadas o por cómodos caminos en busca de encuentros o espacios que favorezcan la buena lectura. Y, por el momento, el más señalado es el rostro del hombre.